



"Guerra de Filipinas.—Cavite.—La misa de campaña en el campamento de Daralicán."



"Islas Filipinas.—Vivienda de indígenas en los alrededores del pueblo de Calamba (provincia de La Laguna)."

1897, n.º 797, p. 229.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

[SIEMPRE LA GUERRA!]

Es un caso realmente curioso y que convida a meditar el de la importancia y relieve que de pronto han adquirido, desde los últimos infaustos acontecimientos, nuestras... ¿puede decirse nuestras? posesiones del Archipiélago Magallánico. ¿Verdad que no me equivoco al asegurar que hasta el doloroso calvario, que empieza por la rebelión tagala y acaba... ¡más vale no pensar cómo acabará!, de cien españoles, noventa y nueve ni se acordaban de que ahí tenían tan dilatados dominios?

El recuerdo de Manila y de las Filipinas en general nos acudía rara vez a la memoria. Era una tierra pintoresca y riente, pero muy distante, muy perdida en las soledades del Océano; olvidábamos su existencia y nos faltaba, por decirlo así, la noción de su realidad. De aquellas comarcas nos llegaban ciertos objetos conservando todavía en sus formas y labor la gracia y la ingenuidad del arte de las razas no civilizadas a nuestro estilo: petacas de paja delicadamente entretejida, cofrecillos y muebles de laca con incrustaciones de nácar y flores y aves de brillantes colorines; cajas de sándalo prolijamente esculpidas; baúles y arcas de madera de alcanfor ó de otras incorruptibles especies que allá se crían; enormes valvas de tridacne, que como gigantescas tazas de nácar esperan recoger el agua bendita de las iglesias; abanicos pesados, de varillas de filigrana de plata ó ca-

rey, con los chinitos de cara boba, de marfil, y túnica de seda; colchas bordadas, en las cuales luce una flora extravagante, barroca é imposible; perlas y madreperlas; tejidos de nipsis y cortinas de bambú... De todo el bagaje filipino, lo único que ha arraigado en el gusto español — ¡pero con qué raíces tan hondas! — es el clásico mantón. Ese trapo recamado de follaje y floripones que se agrupan alrededor de un ave del Paraíso, y que orlan, á guisa de arrancados y flotantes pétalos de ilang, los flecos provocativos, red de prender corazones; ese trapo es ya más peninsular, más andaluz, más madrileño, que asiático. Yo no me represento, envuelta en el mantón, á la mestiza del archipiélago, de rostro deprimido, chata nariz, achocolatada tez y cabello azulado y lacio, sino á la garbosa hija de Sevilla ó á la gaditana de quebrada cintura, cuando no á la fresquisima y salada chulapa del Rastro ó del barrio de Maravillas, que al ceñir á las curvas de su talle el mantón de seda, le prestan un encanto bien opuesto á la rigidez asiática de su estilo propio. Lo que es la capa para el español, ha venido á ser el mantón para la española de rumbo. En el extranjero ha empezado también á estimarse y saborearse la poesía y el picante atractivo del mantón, y á cada viaje que hace á Madrid la famosa Carolina Otero, se lleva dos ó tres de los mejores y más recargados de trabajo y de más ancho fleco que encuentra en las prenderías, para enriquecer la colección que ya posee y con la cual se engalana al ejecutar en no sé qué *Folies* las danzas hispano-moriscas...

No cabe duda; á Manila la conocíamos aquí por el mantón, asociando al trapo bonito nociones del orden regocijado y calaveresco, cañas de manzanilla y polos y peteneras suspirados y gemidos con la ronca languidez de la enamorada tórtola. El mantón nos traía imágenes flamencas, resonantes tablados, guitarra, pataditas, palmadas con redoble, mazos de claveles ya casi marchitos y bocanadas de azahar sevillano puro: lo que no evocaba ni por casualidad, era el conjunto magnífico de tierras que Magallanes y Legazpi descubrieron y cristianizaron, el primero á costa de su vida...

Y sin embargo, ¡qué recursos ofrece ese territorio! Si un día Europa, cansada de tanto producir, seca y flácida como valerosa nodriza que dió leche á innumerables generaciones, no pudiese sustentar ya á sus naturales, ahí están esas islas encantadas brindando abundancia á millones de hombres. Asombra que mientras aquí, no diré precisamente en España, pero en todo el viejo continente, es un problema el que la gente menesterosa coma y viva, hay en el globo extensiones inmensas de tierra feracísima, donde la existencia del pobre podría ser dulce y fácil, renovándose la edad de oro ó siglo de Saturno. Las islas Filipinas guardan todavía su secreto; apenas han sido recorridas ni registradas; la amenidad y variedad de sus paisajes, la exuberancia de su vegetación, no han atraído á los emigrantes; no hemos poblado ni beneficiado esas comarcas; las hemos recogido y poseído como dueño indiferente de mujer hermosa, que no le dirige una mirada y la acaricia distraído.

Dicen los que conocen bien á Filipinas que la empresa de cultivar y explotar esas regiones vírgenes, penetrando en los bosques colosales y en las selvas jamás holladas por humana planta, requiere un gasto de fuerzas proporcionado á la extensión del terreno y á la magnitud imponente de la vegetación, semejante en su intrincada lozanía á la del período carbonífero, y que el mayor inconveniente con que sería preciso luchar, es el de la influencia depresiva del clima sobre el hombre. Parece que allí se disuelve la sangre, se relaja la fibra, se embotan los nervios y se *aplana* el organismo todo, hasta tal punto que la voluntad, la actividad y la energía desaparecen. No queda sino la pereza, la inercia y un vivir semejante al de la planta ó del árbol, en que la maximal beatitud física mata el esfuerzo y suprime la iniciativa, clave de todo progreso y resorte del trabajo. Porque no ha de creerse que civilizar, adelantar, es ninguna canonja; al contrario, es lucha, pena, faena, dolorosa tensión de las fuerzas todas; no niego que hay una satisfacción orgullosa en la victoria que las conquistas de la civilización representan, pero no sé si podría afirmarse que hay goce y felicidad, y que estos cuatro días de estar en el mundo que se nos otorgan al nacer, no se engañan mejor y más blandamente en una casucha de tabla ó nipa, con techo de paja, abanicándose y comiendo un puñado de arroz, que en el fondo de una forja, sudando el quilo, ó en las entrañas de una mina, arrancando carbón para alimentar al monstruo devorador de la industria.

Codiciosas hormigas, incansables agenciadores, responded: ¿será de clavo pasado la solución de este problema? Entre el obrero que fabrica en Inglate-

rra, escualido de fatiga y de miseria, clavos y cadenas de metal, ó el indígena tagalo de cucullas á la sombra de un cocotero, mascando su betel ó divirtiéndose en azucar al gallo de combate, ¿cuál se ós figura más venturoso?

Se eslabonan en mi mente estas reflexiones con los episodios de la guerra, con esa sarta de angustiosas noticias que cada mañana nos brindan, á guisa de aborrecible desayuno, el veneno y la hiel de las crecientes desdichas de la patria. ¿Por qué tanto pelear? ¿Qué ventaja sacarán esos malayos de uncirse al carro de una nación ávida é inquieta? El siglo XVIII, antes de producir la sangrienta revolución de 1793, generó un hormiguero de ideas filosóficas y de sistemas y utopías doradas, entre las cuales predominó el encomio y apoteosis de la vida salvaje. Bernardino de Saint-Pierre, Rousseau, Diderot, D'Alembert, pusieron en las nubes la dicha de que se goza en ciertas islas agrupadas en remotos archipiélagos, y donde la benignidad y templanza del clima, la inocencia de las costumbres y lo feraz del territorio, crean una existencia muelle, descuidada y venturosa. Haití, las Marquesas, la isla de Borbón, aparecieron como oasis donde los espíritus fatigados de la civilización podían reposar y regenerarse. Un paraíso de ese género poseen los isleños de Filipinas, y quizás aspiran á trocarlo por un país surcado de carreteras, cruzado por la locomotora, arañado por la esteva y la azada, ennegrecido por el torrente de humo que vomita la chimenea de la fábrica, claveteado por los postes del telégrafo y donde todo se compra y se adquiere con el sudor de la frente?

\*\*\*

Si las circunstancias y el humor permitiesen algún alarde festivo, propondría una adivinanza: ¿en qué se parece la agricultura gallega á la hermosa estatua de la Venus de Milo? Y no habría nadie que no contestase inmediatamente: en que le faltan brazos.

Este rincón de Galicia donde me encuentro ha pagado prodigamente su diezmo de sangre á la patria. De las parroquias vecinas, riberanas, marinerías y pescadoras; de toda esta costa del mar Cantábrico, cuyas azules olas se amansan en la ría del Ferrol, ha salido buena parte de las víctimas de Cavite, y muchas pobres familias, en este instante, acaso rezan, lloran y recuerdan al que para siempre desapareció.

Las quintas, llevándose á los mozos; los impuestos y gabelas, obligando á emigrar á los hombres ya maduros, reducen á Galicia á la situación en que es fama que se encontraba el Paraguay después de la desastrosa guerra con el Uruguay. Contaba el ya difunto escritor Eloy Perillán Buxó que en campos y ciudades sólo se veían grupos de mujeres, sexo débil, y los galanes, si escasos en número, podían llamarse afortunados, por ser requeridos y buscados como artículo raro y precioso, de lo cual, en algunas ocasiones, resultaban incidentes dignos de la musa cómica. En nuestra tierra gallega, donde la mujer es tan apacible como laboriosa, desde hace años se ha resignado á trabajar la tierra, ruda labor más propia de varoniles brazos; y ellas siembran, ellas cavan, ellas siegan, ellas atan y *ruedan* el trigo, ellas abren los canales de riego para el maíz, ellas cortan la hierba y el escajo, y pronto, si Dios no lo remedia, las veremos encargadas de las únicas faenas de que se eximieron hasta hoy: conducir el arado y descargar el *mallo* en las mojas, operaciones que requieren vigor sumo. Si no aparecen hombres, no por eso se quedarán en barbecho nuestros verdes campos.

\*\*\*

La vanidad nobiliaria hace estragos en las razas nuevas. Síntoma que descubrieron los debates del Congreso: un filipino algo poeta, si no recuerdo mal, el Sr. Paterno, sólo quería que le nombrasen príncipe, duque y por consecuencia grande de España, en premio de haber mediado en el pacto y convenio de Biacnabató. Por supuesto, libre de gastos y sahuma-do. De menos hizo Dios á algunos, habrá discurrido para su sayo el *ita ó aeta*, ó como se llaman los misteriosos aborígenes de Luzón, de los cuales también es aristocrático descender, á pesar de que eran negros, lanudos y feísimos. «El caso — seguirá pensando Paterno — es acertar á nacer *hijo del Sol*».

En estos tiempos de democracia, de igualdad y de despreocupación, hay un afán nunca visto por blasonarse; en los Estados Unidos es oficio lucrativo el de *pintor de antepasados*, ó sea inventor de retratos de familia; las millonarias norteamericanas se casan con títulos tronados, locas de contento, y los *itas* quieren cubrirse en la plaza de Oriente.

EMILIA PARDO BAZÁN